

MERCEDES FUNES
A D E N T R O



MERCEDES FUNES

ADENTRO

DÍA 1

*Víctima de soledad,
víctima de un mal extraño.
Mi corazón se ha partido en dos.
¿Quién te ha visto y quién te ve?
Quien te ama te hace daño.
Charly García, «Víctima»,
La hija de la lágrima, 1994*

Todo está mal, como siempre. Volví a equivocarme. Me sacaron el corpiño, el cinturón, los cordones y los pañuelos que me gusta ponerme en el cuello en invierno y en verano. Me sacaron el perfume de jazmines que uso hace años y es de las pocas cosas que últimamente me hacen sentir bien. Me sacaron el teléfono y la Mac en la que pensaba seguir escribiendo mi Frankenstein, como le decimos con Roque. Al menos traje cuadernos. Dijeron que me iban a revisar los libros y monté un numerito que hizo que vinieran tres enfermeras, el psiquiatra de guardia, la jefa y uno de seguridad. Todo con mi hermana abajo, esperando noticias. Me interné porque quise, pero ahora sé que me equivoqué de nuevo.

Virginia, mi hermana, es la familiar responsable. Siempre fue la familiar responsable, sobre todo desde que murió mi viejo.

Ella dice que yo soy la hija de la posguerra. Es mentira, porque nací en el 77 y la guerra fue en el 82 y encima el verano antes de Malvinas lo pasamos en Comodoro, así que me divertía contando luces en los apagones y tarareaba las canciones tristes de la radio en mis tardes de rastis y crayones, los únicos juguetes que guardaba en el departamento de papá.

Era un dos ambientes chico: el living teñido con la luz naranja de una cortina gruesa y fea. En el cuarto, una cortina igual, pero azul. Muebles de fórmica, como de motorhome, pero en un tercer piso con la vista chata aunque fuera en pendiente, de ese gris tirando a ocre que tienen las ciudades industriales. A veces íbamos a la playa en Rada Tilly, donde el mar quedaba siempre lejos y el viento revolvía la arena y me la clavaba con la fuerza de mil agujas en las piernas. Yo corría hasta la orilla llorando: la zambullida era helada.

En la clínica casi todos van vestidos con ropa deportiva. A mí me sacaron las calzas y las botas que traía puestas —las calzas para que no me ahorque, las botas no sé por qué—. La ficha de ingreso dice «depresión aguda con ideación suicida». Es lo que me recomendó que dijera mi psiquiatra para que me dieran cama. Es la verdad.

Eso y que necesitaba un poco de paz. Ahora me confiscaron hasta el desodorante porque el aerosol es un peligro. Le muestro las tetas al psiquiatra de guardia para que vea que también me sacaron el corpiño. «¡Y la dignidad!», le grito. Se me ocurrió meter en el bolso dos pares de zapatitos abotinados, que me compré iguales, en blanco y en negro. Tuve que sacarles los cordones: dicen que me van a dar tela adhesiva para que me haga unos más cortos. La enfermera me recomienda que le pida a mi hermana que me compre un corpiñito deportivo. En diminutivo lo dice. Le digo que se compre uno ella, que yo pienso andar en tetas; mis corpiños o nada. Y que prefiero el olor a chivo al desodorante en barra. Sigo puteando por los libros. Digo que soy periodista, que los voy a denunciar, les pregunto los nombres. Hay uno que se llama Sergio Suárez, pobrecito. «S.S. —repito—. Nazis de mierda». Al final, los libros me los dejan.

Como estoy más tranquila, me llevan a recorrer las instalaciones. Voy con los abotinados sin cordones. Se me van saliendo a cada paso de los cinco pisos de rampas. Entre eso y la medicación que me dieron para bajarme del escandalete de los libros y las tetas, llego medio mareada a la planta baja en la que al fondo veo un patio con deck, bastante verde, con un ficus grande en el medio y tres mesas de plástico llenas de quemaduras de cigarrillo. Me gusta porque hay un par de banquitos tipo londinenses, de madera y hierro, que si estuviera en Lon-

dres tendrían las chapitas de los que los donaron. No podemos tener encendedores, así que le pido fuego a la enfermera para prender un Marlboro y me siento a leer en uno de los bancos, convencida de que la cagué de nuevo.

No le dije a mi vieja que me interné. Quería que fuera algo íntimo y eso con ella no se puede. Quería que fuera sobre mí, no sobre ella. No quería que me acusara de acusarla de ser la responsable de que hubiera terminado acá. Además, yo no terminé en la clínica. Lo que quiero es volver a empezar. En caso de que no la haya cagado del todo.

* * *

El bondi me pasó a un centímetro del cuerpo o más, pero yo lo sentí a un centímetro y me corrió la adrenalina de la posibilidad de la muerte. A veces me parecía que ya no sufría demasiado por casi nada, como cuando te quemás tanto que ya no duele; a veces con las pastillas sentía que me podía mirar medio de lejos, comfortably numb; a veces me parecía que ya no había mucho por hacer: donde tenía que doblar a la izquierda, yo había doblado a la derecha y ahora estaba condenada a esta vida equivocada. Igual cumplía con la costumbre de sentarme en lo del analista, y seguía yendo al bajo de San Isidro a que Mery me tirara las cartas aunque la pegara poco y nada. También me hacía alinear los chakras bajo

el humo de los sahumerios de un consultorio mínimo de la Recoleta, de esos ideales para bulo, donde sonaba invariablemente la misma playlist de Enya.

—Estabas en cero, gorda. Tendrías que haber venido antes. Tenés acá, la parte del plexo solar, todo bloqueado, pero ahora ya te cargué y vas a estar bien.

—¿En serio voy a estar bien?

—Sí, ahora vas a estar bien. Pero ¿sabés qué? Por las dudas comprá alcanfor porque limpia mucho: lo mezclás con una botellita de alcohol y lo ponés en un rociador de los de Cif. Te ponés en la ropa y tirás por toda la casa, en la oficina también. Y ya está, vas a ver que te vas a sentir mejor.

Pienso que si el próximo auto que pasa es un taxi va a estar todo bien. La patente del auto de adelante tiene mis iniciales, va a estar todo bien. Le pregunto por chat a Manuel, mi ex, como le preguntaba antes, casi en un paso de comedia: «¿Y ahora qué va a pasar, Manu?». Me responde al toque, con el código de siempre: «Ahora vas a estar bien, chiquita». Lloro en el taxi. Pienso en esa imagen genial de la película *El odio* (1995) en la que un tipo se tira desde un piso cincuenta y, para tranquilizarse mientras cae, repite: «Hasta acá, todo va bien; hasta acá, todo va bien».

Me pasé una semana entera tomando Rivotril para no despertarme; en cuanto abría los ojos, me clavaba otro. El último fin de semana afuera tomé tantos que me caí y me golpeé toda la cara, no sé ni con qué. En la foto que me saqué para mandarle a Roque, como si fuera a importarle, tengo la cara hinchada, el ojo izquierdo es una ranura en la mancha azul y verde que parte arriba de la ceja y se redondea morada, casi roja, sobre el pómullo. El domingo, cuando Lucas volvió de la casa del padre, se acostó conmigo y me prometió justo eso: que iba a estar todo bien, que no me preocupara, que íbamos a estar bien. Ahí sentí de nuevo el ardor de la quemadura: podía morirme, quería morirme, pero no podía dejar que mi hijo me cuidara a mí.

Cuando se me acercó Laura en el patio, fue como en una de esas películas de cárcel, o en *Orange Is the New Black*. Se me sentó al lado en el banquito y me explicó todo. Ella está adentro hace un mes. Tiene cinco hijos y ninguno le habla. La culpan de haberlos dejado para internarse acá. Pero es que ella no podía más, dice. Mientras la consuelo, me alegro de haberle dicho a Lucas que tenía un viaje de laburo. «Creen que estoy en un spa», me dice. No es un spa. Las horas son de goma. «Ese es el peor problema», dice. «Por eso te conviene anotarte en todos los talleres: el de laborterapia —hacen collaritos y cosas de cuero—, metete en ese; hay otro de mu-

sicoterapia, anotate ahí también; hay yoga, gimnasia, el profesor es rígido pero bueno, te conviene ir: te conviene hacer todo lo que te ayude a matar el tiempo. Y tené cuidado: las enfermeras tienen mil ojos y oídos. Anotan todo, ven todo, escuchan todo. Ellas deciden cuánto tiempo estás acá».

Yo pienso que decido yo. O que ya no. Que ya no decido nada. Que estoy adentro. De nuevo tengo cinco años y estoy en Comodoro y estoy segura de que papá, que tiene razón en todo, se equivoca fuerte cuando dice que Galtieri es un pelotudo. No quiero volver a Buenos Aires con mamá y cuando volvemos al departamento de French me peleo en el ascensor con una vecina puertorriqueña porque Puerto Rico es casi Estados Unidos y los norteamericanos están ayudando a los ingleses: «Las Malvinas son argentinas», le grito, enfurecida. Necesito una entrevista con Galtieri para que deje salir de Campo de Mayo a mi hermano, que está haciendo la colimba. Necesito que Galtieri me diga que a Fernando no le va a tocar ir a las islas. Necesito muchas cosas que no necesitan las chiquitas de mi edad, pero yo no tengo mi edad, nunca tuve mi edad porque crecí entre grandes que no tenían mucho tiempo para adaptarse a las necesidades de una nena y siempre traté de adaptarme yo.

Mi hermano y yo nacimos el mismo día con catorce años de diferencia. No sé dónde escuché que la fecha de nacimiento y el género los determina el padre. Me hizo

sentido porque mis hermanos y yo no somos hijos de la misma madre.

Galtieri no me dio la entrevista, pero una noche Fernando vino a casa muy tarde y con el pelo muy corto, y yo me quedé bastante más tranquila. Cantamos «El oso» y yo hice como que tocaba la guitarra y también imité a Moria con el tapado y los tacos de mamá y le pusimos pausa a la guerra y nos dormimos a cualquier hora en un campamento improvisado en el living. Cuando terminó la colimba, Fernando se dejó la barba y el pelo hasta los hombros y a mi viejo, que todavía tenía alma de milico, casi le dio otro infarto. Papá se retiró del Ejército en el 76, por eso mi hermana dice que soy de la posguerra, porque zafé de la vida castrense, del destino de los múltiples destinos, de la carga de ser la hija de un señor uniformado. Pero es mentira, porque de eso no se zafa, porque el alma queda: el viejo siguió soñando con estrategias y maniobras hasta el último segundo de su vida.

El día que cayó Galtieri lloré sola frente al Philco, tirada en la cama grande. La maestra de preescolar no dijo nada cuando lo dibujé con dos soldados, firme junto a la bandera, pero me pidió el cuaderno colorado y citó a mamá. La verdad es que si la Reina Madre de la canción de Porchetto que sonaba en la guerra hubiese sido la mía, no habría sabido nunca qué estaba pasando. Mi vieja nunca tuvo mucha idea. No hizo las cosas bien ni me hizo bien, pero hizo lo que pudo.

Volvió enojada de la reunión en el colegio. El diagnóstico, que compartió conmigo, era tremendo y no podíamos decirle ni una palabra al viejo. Ausencia de imagen paterna, necesidad de psicopedagoga urgente y revisión de legajo —Reina Madre aún lo llama «pronuario» cuando repite la anécdota—, so pena de no pasar a primer grado.

Yo cantaba en el patio y a los gritos la del oso de Morris y también «Reina Madre», pero el clímax del show, la que hacía que mis compañeras me rodearan y exigieran: «Hacé el payaso», era la de Celeste Carballo. Ahí me paraba en una sillita y sacudía la cabeza y me enajenaba para que me escucharan mi viejo desde Comodoro y mi hermano desde el cuartel: «...Ya no me aguanto ni a mí misma,/ ni a la otra, la partieron en dos./ Esquizofrenia tan aguda no la cura/ ni el doctor ni el amor [...]. Y me vuelvo cada día más loca,/ me voy volviendo cada día más loca,/ me vuelvo cada día, cada día más loca...». La piedra de la locura ya estaba, pienso ahora. Capaz que se me dio de tanto repetirlo como si fuera un mantra. Al final me volví loca nomás, de tanto gritar como una loca.

Cada uno vive su propia guerra. Esta es la historia de la mía. La historia de la hija de la posguerra.